



**BOLETIN NICARAGUENSE  
DE  
BIBLIOGRAFIA Y DOCUMENTACION**



82

BIBLIOTECA "ARMANDO JOYA GUILLEN"

ENERO - MARZO, 1994

F  
1521  
.B35a  
no. 82  
Jan./Mar.  
1994

# BOLETIN NICARAGUENSE DE BIBLIOGRAFIA Y DOCUMENTACION

Segunda Epoca ENERO - MARZO, 1994

BIBLIOTECA "ARMANDO JOYA GUILLEN  
BANCO CENTRAL DE NICARAGUA

## CONTENIDO

LAS CULTURAS INDIAS DE CENTROAMERICA: <i>Pablo Antonio Cuadra</i> .....	1
OMETEPE Y EL SUR DE CENTROAMERICA: <i>Wolfgang Haberland</i> .....	15
NICARAGUA Y LA GRAN NICOYA: <i>Frederick W. Lange</i> .....	21
EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACION PREHISTORICA EN NICARAGUA: <i>Frederick W. Lange</i> .....	27
DIEZ AÑOS DE ARQUEOLOGIA DE NICARAGUA: <i>Edgard Espinosa</i> .....	35
MAPA DEL NOROESTE DE NICARAGUA: <i>Severo Sini</i> .....	38
ESTUDIOS SOBRE ARQUEOLOGIA Y PREHISTORIA DE NICARAGUA: <i>Jorge Eduardo Arellano</i> .....	39
EL MUNDO PREHISPANICO DE NICARAGUA: <i>Jorge Eduardo Arellano</i> .....	45
LOS INDIGENAS DEL PACIFICO DE NICARAGUA: <i>Germán Romero Vargas</i> .....	67
LA EPOCA COLONIAL DE NICARAGUA: <i>Consuelo Sánchez</i> .....	77
LA COLONIZACION INGLESA EN LA COSTA DEL CARIBE DE NICARAGUA: 1633-1787: <i>Flor de Oro Solórzano</i> .....	107

### CONSEJO EDITORIAL

**MANUEL OBREGON SANCHEZ**  
Gerente Administración y Control

Ana Ilce Gómez  
Coordinadora de Cultura y Publicaciones

Jorge Eduardo Arellano  
Editor

Se permite la reproducción parcial o total, siempre que se cite la fuente.

Se aceptan colaboraciones, quedando a criterio del director su selección. No se devuelven originales.

Se solicita canje.

**BIBLIOTECA  
ARMANDO JOYA GUILLEN  
BANCO CENTRAL DE NICARAGUA**  
Frente a Lotería Popular  
Apartado Postal 2252 - 2263  
Teléfonos 671233 - 671975  
Télex 2322 - BCNNIC  
Managua, Nicaragua

Levantado de texto: Archivo Nacional

Diseño: Latino, R.L.

Corrección de prueba: Emperatriz Arellano

# OMETEPE Y EL SUR DE CENTROAMERICA

(Ponencia presentada en el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas)

Por Wolfgang Haberland

## I

EL SUR de Centroamérica para los fines de este artículo, corresponde a aquel territorio limitado en el Norte por la línea formada por el Río Jiboa y el Río Uloa (Haberland, 1959), y en el Sur por la actual frontera oficial entre Panamá y Colombia. Dicho territorio comprende, en consecuencia, no solamente los estados de Nicaragua, Costa Rica y Panamá, sino la mayor parte del actual estado de Honduras y la parte oriental de El Salvador. Conociendo el estado de exploración de ese territorio, se sabrá de atemano que de allí sólo se podrá contribuir poco al simposio; en cambio, el uno u otro concimiento de causa podría quizás ayudar a ver determinados problemas bajo un aspecto especial, o aclarar cuestiones de menor importancia.

El problema consiste en que sólo en el curso de los últimos diez años se establecieron secuencias de culturas que se basaron en estudios efectuados en sitios de habitaciones. La mayor parte de las secuencias establecidas, y especialmente aquellas que son reveladoras para nuestro tema, no han sido publicadas hasta ahora, siendo conocidas solamente por informaciones preliminares, p.e. aquellas establecidas por Willey y otros referentes a la región de Paritá/Panamá (McGimsey, 1956; Eilley & McGimsey, 1952 y 1954; Willey & Stoddard 1954), los estudios de Norweb en el Istmo de Rivas (Norweb, 1964) y las investigaciones de Michael D. Coe y Claude Baudéz en el Norte de Costa Rica (Baudéz, 1962, Baudéz & Coe 1962; Coe, 1962; Coe & Baudéz 1961). También los propios estudios realizados por el autor en Chiriquí, el Sureste de Costa Rica, Nicaragua y en el Este de El Salvador, no han sido publicados hasta ahora en conjunto, en cuanto se refieren a los sitios. Por esto será quizás comprensible que aquí serán mencionados principalmente los propios estudios del autor sobre todo aquellos efectuados en la Isla de Ometepe, por cuanto pudieran ser reveladores para este tema. En cambio, también se hará mención de algunas observaciones generales, producto de lo observado sobre las condiciones que se han conocido hasta ahora.

## II

Los territorios tropicales están dificultando mucho los estudios de los problemas en discusión, lo que será confirmado por aquellos colegas cuyas regiones se encuentran en tales territorios. Hay que contar con muy alto grado y gran rapidez de descomposición —sin tener en cuenta condiciones especiales—, y sustancias orgánicas están desapareciendo rápidamente. Todas las construcciones —sobre todo aquellas de nuestra área se elaboraron en épocas preeuropéas de material perecedero, sin que se hubieran conservado los más insignificantes restos; ni siquiera existen indicios de hoyos para zanjas en la generalmente muy honda tierra vegetal, los que en otros casos están ayudando a determinar forma y extensión de ranchos y pueblos. Efectivamente, el autor no conoció ni un sólo caso.

En consecuencia, si estamos postulando un pueblo, o sea una población en la parte Sur de la América Central, nos basamos exclusivamente en testimonios secundarios, entre los cuales la cerámica está jugando un papel predominante. En general, se está equiparando a menudo el arte cerámico con la existencia de pueblos o caseríos, mientras que la ausencia de este fósil principal como comprobación de una población no sedentaria. Puede ser que tal equiparación sea en muchos casos justificada, pero no se la debe considerar como universal, pues desde el ramo de la etnología se pueden enumerar varios contra-ejemplos, p.e. las sedentarias culturas agrícolas de Polinesia, que no conocían la cerámica, o ciertas tribus nómadas del Asia Central, que llevan consigo artículos cerámicos trocados. Resulta, pues, arriesgado usar en todos los casos la arriba mencionada equiparación y harán falta otros factores para afirmar el estado de los hechos.

Lo ideal sería encontrar restos de plantas culturales, tal como resulta posible en algunas partes del

continente americano; pero, desgraciadamente, tales hallazgos son efectivamente raras excepciones. En cambio, podría ayudar la existencia de utensilios o herramientas que han sido aprovechados para la elaboración de productos alimenticios vegetales, en muy amplios territorios; p.e.: manos y metates. Su presencia, junto con artículos cerámicos, podría ser una prueba bastante efectiva para una cultura agrícola sedentaria, aunque tampoco sería una prueba absolutamente segura, pues también productos recolectados podrían haberse elaborado de esta manera, para lo cual ciertas tribus de California están ofreciendo un ejemplo.

Por otro lado, la ausencia de herramientas y utensilios de piedra no indica en ningún caso que se hubiera dado la agricultura. No solamente ciertas formas de los productos alimenticios básicos —en los que se están basando las poblaciones permanentes—, p.e. plantas tuberosas, no requieren tales utensilios, sino que también los cereales pueden ser descacabillados y triturados con ayuda de objetos hechos de material perecedero. Morteros y manos de almirez de madera están sirviendo, aún hoy día, en grandes partes del Sur de Centroamérica para este objeto. Por esto, observando críticamente, desde este punto de vista las posibilidades de poder considerar un sitio arqueológico como colonización de una cultura agrícola, no habrá ninguna seguridad absoluta de poder llegar a tal conclusión. En última instancia, solamente los muchos detalles pequeños podrán ayudar al excavador a conseguir que éste, durante los trabajos de estudio, esté interpretando un sitio arqueológico como colonia de una cultura agrícola.

### III

Después de estas observaciones, regresemos ahora a la parte Sur de la América Central. Ante todo, debiera ser de importancia determinar el comienzo y el fin de la cultura rural en esta región, siendo relativamente fácil dar respuesta a la pregunta por el fin, pues en vista de que —según todos nuestros conocimientos— no hubo ninguna evolución ulterior, sino en tiempos de la Conquista, teníamos ante nosotros solamente aldeas, pero nada de ciudades legítimas o centros religiosos de templos, aunque se podría estar en duda también a este respecto, especialmente en lo referente a las condiciones de la parte central de Panamá, con sus pequeños "reinos" de estilo colombiano. Pero parece que esto, para nuestra región, ha sido más bien la excepción y no la regla. Además, el autor opina también que esta evolución aún pasó más allá de un ambiente aldeano y que aun las "residencias principescas" no eran más que aldeas de mayor extensión.

Resulta mucho más difícil definir el comienzo de una cultura aldeana respecto de una cultura agrícola en la parte sur de la América Central. Hasta ahora, para ninguna de las secuencias conocidas, se puede determinar definitivamente ningún estado que permitiría indicar el comienzo de la agricultura, aunque en tres lugares existen ciertas posibilidades, debiéndose citar ante todo la secuencia de Parita, en la parte central de Panamá, situada en la base de la península de Azuero, que fue descubierta por Willey y otros. La fase del Cerro Mangote, descubierta por McGimsey y datada por radiocarbón en 4853  $\pm$  100 a.C., es aún absolutamente litigiosa (McGimsey, 1956 & 1958, Willey 1958). Teniendo presente la recién formuladas observaciones, no indica esto nada concreto contra la posibilidad de una colonia sedentaria, y también McGimsey, en su primer relato (McGimsey, 1956) es de la opinión que se está tratando aquí de un caserío que existía durante prolongado tiempo. Especialmente, la existencia de numerosas sepulturas parece afirmar esta suposición. Por otro lado, las manos y metates que se encontraron parecen no exigir la conclusión de que esa población pudiera haberse dedicado a la agricultura. Probablemente, no equivocamos si suponemos, igual que McGimsey, que Cerro Mangote haya sido la colonia permanente de una población de pescadores, cuya nutrición principal provenía del mar, habiendo sido completada por la caza y la recolección de plantas silvestres.

Pero si ya podemos hablar de una aldea, o si está tratando de una gran maloca en el sentido sudamericano, debe quedar pendiente, y podrá eventualmente ser aclarado por faltar aún el informe final. Parece que las condiciones de la fase siguiente de Monagrillo habrán sido muy parecidas (Willey & McGimsey, 1954), aunque en dicha fase encontramos ahora un primitivo arte cerámico. También aquí debemos excluir probablemente la agricultura, salvo que pudiéramos tener aquí ante nosotros solamente estaciones pesqueras, mientras que los caseríos agricultores, que pudieran haber estado más al interior, aún no han sido descubiertos, aunque tomando en consideración la intensa búsqueda efectuada por Willey y sus ayudantes, esto parece muy poco probable. Tenemos aquí, pues, el panorama de colonias permanente, que no están unidas con la agricultura, sino que se basan en productos del mar, especialmente moluscos, como nutrición básica. He aquí una evolución que se puede observar también en otras partes del continente americano (p.e. Huaca Prieta, en la costa del norte del Perú) y del mundo (p.e. el "Mesolítico" de la Europa Central), y que encierra en sí eventualmente una cierta regularidad cultural. Esta evolución indica que colonias permanentes resultan ser posibles aún sin agricultura, siempre que el resultado de una actividad de recolección o caza esté sobrepasando

un determinado volumen. Especialmente la cercanía del mar parece haber sido muy apropiada, habiendo sido naturalmente decisiva la existencia de grandes cantidades de moluscos.

Sería ahora interesante poder comprobar cuándo y bajo cuáles circunstancias comenzaron estas poblaciones a dedicarse a la agricultura, cuándo podría haber alcanzado ésta la preponderancia, y si había eventualmente, entremedio, una época seminómada, durante la cual la población pudiera haber cambiado de sitio, de un caserío al otro y viceversa, según la correspondiente estación del año, o sea, un cambio entre caseríos, de los cuales el uno se dedicó a la agricultura y el otro a la recolección de plantas silvestres y a la pesca. Desgraciadamente, las épocas que siguieron a la fase de Monagrillo son precisamente aquellas que son muy poco conocidas, y de las cuales no existen tampoco publicaciones detalladas. Por esto hay, por ahora, solamente certeza para el sitio de Girón, que aún no ha sido publicado, y que corresponde probablemente a una época posterior, que parece reflejar una cultura agrícola aldeana. De futuras exploraciones y estudios, especialmente de las fases posteriores a la fase de Monagrillo, debiéramos esperar interesantes aclaraciones referentes a nuestros problemas, y es de esperar que dichos estudios sean comenzados en un futuro no demasiado lejano.

#### IV

La segunda de las tres secuencias que nos conducirá probablemente al comienzo de la cultura aldeana, es aquella de Uloa-Yojoa, respectivamente Yarumela, en Honduras. Sus primeras fases representan, según Coe (1961) tiempos muy remotos, que nos llevan a los comienzos de una evolución cerámica y que abarcan posiblemente agricultura y colonizaje permanentes. Desgraciadamente, los relatos referentes a los hallazgos son tan incompletos que aún no puede formarse ninguna idea definitiva, especialmente porque la disertación de Canby no está a disposición del autor. Por esto parece ocioso dedicarse aquí a más especulaciones.

#### *La Isla de Ometepe*

La última secuencia, que abarca una época muy prolongada, es aquella de la Isla de Ometepe, en el Lago de Nicaragua, que ha sido establecida por el autor, junto con el señor Peter J. Schmidt, durante el verano de 1962/63. Igual que muchas otras, también esta secuencia ha sido publicada hasta ahora solamente en síntesis (Haberland, 1963). Con un solo intervalo, esta secuencia es datada desde +- 1500 a.C. hasta la época de la Conquista, habiéndose tomado la data de la fase de Dinarte, que está al principio de la secuencia, solamente por comparación con secuencias correspondientes en el Norte (Ocós) y en el Sur (Monagrillo), pudiendo ser aún variada, tanto hacia más adelante como hacia más atrás, aunque parece que los lazos con Monagrillo son bastantes estrechos.

Es natural que se formule inmediatamente la pregunta de si esta remota fase pudiera haber tenido ya contacto con colonias permanentes y con agricultura. El material disponible referente a la fase de Dinarte se compone exclusivamente de cerámica, admitiendo por eso varias interpretaciones. A esto viene que se está tratando de sólo aproximadamente cien fragmentos, o sea, de una cantidad demasiado pequeña para más amplias interpretaciones. A pesar de esto quisiera considerar la fase de Dinarte como ya agricultora, basándome en las razones siguientes: 1) El lugar del hallazgo se encuentra relativamente lejos del lago, en el interior, y allí, contrariamente a una serie de otros lugares de hallazgos, no hay ningún indicio para la existencia de una antigua zona costanera. 2) No hay indicios de intensa actividad recolectora, especialmente de índole marinera, tal como existen p.e. en las fases tempranas de Parita. En general, el lago parece ser muy pobre en moluscos, y éstos tampoco se han aprovechado nunca, tal como quedó nuevamente de manifiesto en todos los lugares de hallazgos de la isla. Entre la enorme cantidad de material no se encontró sino menos de una docena de conchas. 3) El lugar del hallazgo se encuentra en una llanura que también más tarde quedó intensamente aprovechada para la agricultura, y cuyas condiciones ecológicas no podrán haber sido provechosas, en ninguna época, para una actividad recolectora. Un exceso de productos alimenticios, como consecuencia de recolección o caza, tal como sería imprescindible para una colonia permanente, no habría por qué tomarlo en consideración. Esta interpretación es, bien mirado, otro ejemplo de la pobreza, o sea insuficiencia de los argumentos con que a veces se postula una colonia agricultora sedentaria, y el autor está lejos de sentirse satisfecho al tener que emplear tales argumentos.

Por otro lado, es imposible afirmar, para la fase de Dinarte, una comunidad aldeana, pues los hallazgos son demasiado insuficientes, tal como ya se ha dicho más arriba. Es igualmente posible que se hubiera tratado, durante esta fase, de colonias individuales o dispersas, tal como eran muy generalizadas también durante la época de la Conquista, y aun durante la época colonial, p.e. en las tierras altas de Guatemala.

Solamente mucho más tarde, o sea, con el comienzo del período de Early Polychrome, estamos en situación de hablar de una cultura aldeana en la Isla de Ometepe, pero esto no quiere decir que tal cultura aldeana no pudiera haber existido aún en el período anterior de Zoned Bichrome; en cambio, la cantidad y la intensidad en los sitios arqueológicos no son suficientes para poder apoyar tal opinión. Resulta ser absolutamente posible que pudiera haber existido una colonia parecida a una aldea durante la fase de Avilés, es decir, durante la primera fase del período de Zoned Bichrome; pero, según los resultados a que hemos llegado nosotros, tal colonia debiera haber estado muy dispersa y separada entre sí. Así, llegamos al problema de saber cuándo —tratándose de un sitio arqueológico— se podrá en realidad hablar de una aldea y de lo que es una aldea.

En el folklore alemán distinguimos p.e. entre una gran serie de diferentes tipos de aldeas, entre los que figura también el así llamado caserío disperso, es decir, una población dispersada a través de una región muy amplia, pero la que, bajo el punto de vista sociológico, representa una comunidad aldeana. Lo importante es que existan tanto puntos centrales administrativos como también religiosos. En esta forma también viviendas individuales podrían, en último caso, representar una aldea, pero precisamente los factores sociológicos allí reinantes son apenas arqueológicamente comprobables. Por esto deberemos concentrarnos a las colonias aldeanas que forman una sola unidad. Tales poblaciones pueden ser comprobables —según opinión del autor— solamente por dos factores, fuera de los ya indicados referentes a una población agrícola. En primer lugar, extensos cementerios, no así sepulturas individuales, pueden ser signos de una tal unidad aldeana; en cambio, si tomamos en cuenta la costumbre de efectuar los entierros —no importa de qué clase— debajo del rancho, abandonando en seguida el rancho o también todo el pueblo, no podemos más que decir también en este caso que si bien se trata de una indicación positiva, la no-existencia no comprobaría lo contrario. Una comprobación positiva es, según opinión del autor, la densidad de un hallazgo, es decir, el grosor y la extensión de una capa de idéntica fase, la que, desde determinado tamaño y extensión, no permite otra conclusión que aquella de constatar que se está tratando de una colonia de mayor magnitud, aunque debemos acordarnos siempre, tanto en nuestra región como también en las otras, de la posibilidad de poder tener ante nosotros una sola maloca, pues muchas de las fuentes antiguas informan sobre tales malocas, que con sus habitaciones para 200 almas, podría provocar circunstancias de hallazgos que corresponderían exactamente a aquellas de un gran pueblo que representa una sola unidad, y solamente el descubrimiento de fundamentos de casas, que hasta ahora hace falta en la parte sur de la América Central, podría llevar aquí a alguna decisión. Queda además por resolver si se puede considerar a una maloca como una colonia aldeana en el sentido sociológico, un problema que podría ser aclarado quizás en el curso de este simposio.

No importa ahora si se trata de maloca o aldea, pues parece que aldeas enteras se encuentran en la Isla de Ometepe, según todos los indicios, solamente desde principios del período de Early Polychrome, no pudiéndose desconocer un aumento del volumen de hallazgos. En vista de que precisamente este período se reparte muy uniformemente a través de una extensa región, abarcando la región de Gran-Nicoya en su más amplia extensión desde el Río Tempisque, en el Sur, hasta aproximadamente Managua, en el Norte, desde la costa pacífica hasta las islas del Lago de Nicaragua, bien podemos contar para toda la región con el comienzo de una cultura aldeana en esa época, o sea, alrededor del año 350 de la Era cristiana. El actual estado de nuestras investigaciones no permite decir nada sobre los impulsos que pudieran haber conducido a estas repentinas agrupaciones. Posiblemente ha habido en esa época un acceso de nuevos elementos étnicos que necesitaban ahora colonias compactas como base para su defensa frente a los sedentarios. Seguramente ya existía una base para la agricultura y aún existen indicios que hablan a favor de una aldea, en contraposición a una maloca, pues algunas huellas de adobe hacen suponer que se vivía en aquella época en ranchos lacustres revocados con adobe, que probablemente habrán correspondido más o menos a aquellos que a veces existen aún hoy día.

### Conclusión

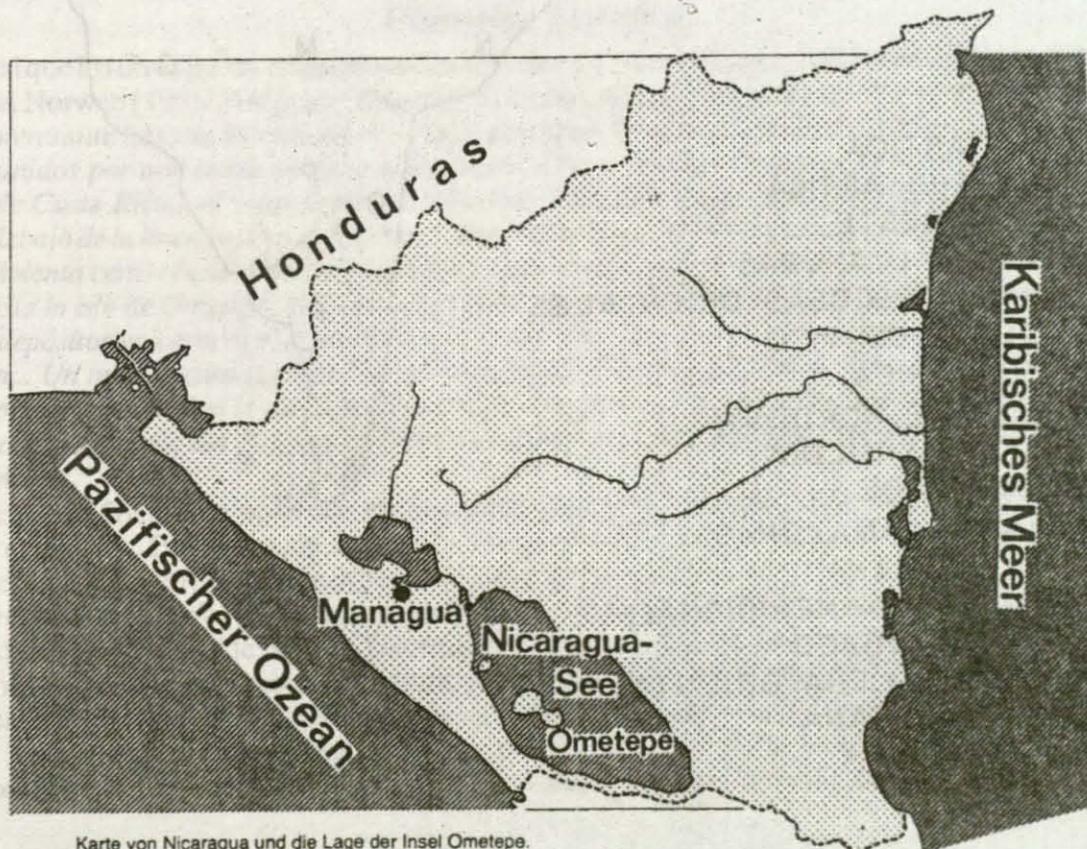
Los datos con que el Sur de Centroamérica ha podido contribuir a nuestro simposio no son muy abundantes. Tal como ya se había dicho al principio, el estado de las exploraciones es aún tal que sólo hemos podido hablar de un comienzo de las investigaciones arqueológicas. Sin embargo, en dos lugares, o sea en la región de Parita y en la Isla de Ometepe, ya tenemos la posibilidad de observar más detalladamente la evolución, resultando que ya desde el año 4.000 a. C. —siempre que queramos dar crédito a los datos de radiocarbón—, contamos en la parte central de Panamá con colonias unificadas, cuya base, en cambio, no era la agricultura, sino la pesca y la recolección de moluscos. Parece que tal situación se prolongó por largo tiempo,

pues aún Monagrillo se encuentra sobre esta base, a pesar de su arte cerámico. En esa misma época parece que en la Isla de Ometepe ya debe haber existido la agricultura; en cambio, allí debemos seguir hablando aún de viviendas individuales. Mientras que no podamos precisar el comienzo de la agricultura en la región de Parita, debemos fijar el comienzo de la unidad de habitaciones con carácter aldeano en la Isla de Ometepe —y así para toda la región de Gran Nicoya— para los principios del período de Early Polychrome, es decir, aproximadamente para el año 350 de la Era cristiana.

Espero que estos hechos y las muchas observaciones intercaladas de carácter general hayan podido contribuir en menor escala a nuestro simposio, ayudando quizás a aclarar su tema central.

### Bibliografía

- Baudez, Claude F.: "Rapport Préliminaire sur les Recherches Archéologiques Entreprises dans la Vallée du Tempisque 1962 — Guanacaste — Costa Rica". *Akten des 34. Internationalen Amerikanistenkongresses*, pags. 348-357. Horn-Wien.
- Baudez, Claude F. y Michael D. Coe: "Archaeological Sequences in Northwestern Costa Rica". *Akten des 34. Internationalen Amerikanistenkongresses*. Pags. 366-373. Horn-Wien.
- Coe, Michael D.: "Preliminary Report on Archaeological Investigations in Costa Guanacasta, Costa Rica". *Akten des 34. Internationalen Amerikanisten kongresses*, pags. 358-365. Horn-Wien.
- Coe, Michael D. y Claude F. Baudez: "The Zoned Bichrome period in Northwestern Costa Rica". *American Antiquity*, 1961 vol. 26, pags. 505-515. Salt Lake City.
- Haberland, Wolfgang: "Zentralamerika: Grenzen und Probleme". *Mitteilungen aus dem Museum für Volkerkunde in Hamburg*, vol. 25, pags. 53-59. Hamburg. 1963 "Ometepe 1962-63". *Archaeology*, vol. 16, pags. 287-289. Brattleborough, Verm.
- McGimsey III, Charles R.: "Cerro Mangote: a Preceramic Site in Panamá". *American Antiquity*, vol. 22, pags. 151-161. 1956 Salt Lake City.
- 1958 "Further Data and a Date from Cerro Mangote, Panamá". *American Antiquity*, vol. 23, pags. 434-435. Salt Lake City.



Karte von Nicaragua und die Lage der Insel Ometepe.